EL PROBLEMA DEL REFERENTE EN EL DISCURSO LÍRICO DE PEDRO SALINAS

HUGO W. COWES
CONICET, Argentina

Esta ponencia trata del problema del referente en «Para vivir no quiero».[1] Pretende indagar, pues, qué nombra este texto lírico de Pedro Salinas, si es que nombra algo.

Para circunscribir la cuestión y concederle un imprescindible rigor conceptual, conviene anticiparle un doble marco teórico.

El primer marco apunta al momento de la historia de la literatura en que Pedro Salinas escribe. Pertenece a Roland Barthes. En «El efecto de realidad» [2] Barthes sostiene que la desintegración del signo parece ser el gran problema de la literatura moderna. En la literatura realista, el significado es expulsado del signo; queda sólo «la conveniencia de un referente con su significante». En cambio en la literatura posterior el referente retrocede y quedan sólo el significante y el significado. Hugo Friedrich, en *Estructura de la lírica moderna*,[3] y Marcel Raymond, en *De Baudelaire al surrealismo*,[4] habían propuesto sustancialmente la misma posición. Tanto para uno como para otro, la lírica que se origina en Baudelaire ha hecho desaparecer la vigencia del sujeto, y ha hecho desaparecer, o por lo menos ha oscurecido, el referente. Lo mismo piensan H. R. Jauss y K. Stierle.[5]

Dada esta situación históricamente particular, conviene, creemos, proyectarla, para concederle alcance especulativo, a una dimensión universal, Gottlob Frege en «Sobre el sentido y la denotación»,[6] afirma:

1. P. SALINAS, *Poesías completas*, Madrid, Aguilar, 1961.
2. R. BARTHES, «El efecto de realidad», *Lo verosímil*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970; pp. 95-112.
3. H. FRIEDRICH, *Estructura de la lírica moderna*, Barcelona, Seix Barral, 1959.
4. M. RAYMOND, *De Baudelaire al surrealismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
5. P. de MAN, *Blindness and Insight*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1983.
6. G. FREGE, «Sobre el sentido y la denotación» *Semántica Filosófica: problemas y discusiones* (ed. Th. Moro Simpson), Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1973, pp. 3-27.

> La oración «Odiseo fue arrojado a las aguas de Itaca mientras se hallaba profundamente dormido» tiene indudablemente un sentido. Pero puesto que es dudoso que el nombre «Odiseo» denote, es también dudoso que la oración tenga denotación ... al escuchar un poema épico, aparte de la belleza del lenguaje, sólo nos atrae el sentido de las oraciones, las imágenes y los sentimientos que suscitan. ... De allí que nos resulte indiferentemente, por ejemplo, que el nombre «Odiseo» tenga denotación, mientras consideremos el poema como una obra del arte.

Un texto de Paul Ricoeur perteneciente a *La metáfora viva*,[7] cierra sistemáticamente el problema. Este texto tiene la ventaja de funcionar como una respuesta explícita al texto de Frage citado.

> Toda mi empresa tiende a quitar esa limitación de la denotación a los enunciados científicos. ... en la obra literaria, el discurso despliega la denotación como una denotación de segundo orden, a expensas de la suspensión de la denotación de primer orden del discurso.

Si aceptamos estas proposiciones, el discurso lírico de Salinas aparecería oscurecido desde dos vertientes: porque se trata de un texto lírico post-Baudelaire, pero también porque se trata simplemente de un discurso lírico.

Necesitamos agregar una tercera vertiente. El referente del texto de Salinas que proponemos aparece oscurecido porque trata de este tema; porque el problema planteado por Barthes, Friedrich, Raymond, Jauss, Stierle, Frege y Ricoeur aparece en él tematizando. Si esto fuera cierto ésta sería también una poesía sobre la poesía.

He tratado el problema con alguna extensión en un trabajo titulado «El referente en la lírica de Pedro Salinas», que aparecerá en el número XX de *Filología*. En ese trabajo realicé un análisis pormenorizado de «¡Qué gran víspera el mundo!», porque supone una situación privilegiada para configurar la estructura profunda desde donde la lírica de Salinas organiza el problema del referente. El discurso describe la víspera del mundo. Pero en la víspera del mundo no hay mundo. Hay nada. No hay referente. Sin embargo, el discurso aparece realizado y al realizarse configura un mundo. No hay, pues, mundo, y hay mundo. Y esta tensión entre haber entes y no haber entes, entre destruir entes y reconstruir entes, constituye la estructura profunda del discurso.

Una operación similar se opera en «Para vivir no quiero»:

Para vivir no quiero
islas, palacios, torres.
¡Qué alegría más alta:
vivir en los pronombres!

7. P. Ricoeur, *La metáfora viva*, Buenos Aires, Megápolis, 1975, pp. 331.

Se reitera así la misma estructura profunda. Estos versos, que funcionan como el tema núcleo del texto, rechazar una realidad y proponen otra.

La crítica se ha interesado desde temprano por la significación de estos versos, y por la significación de este texto en general. Leo Spitzer [8] vuelve varias veces sobre ellos en el ensayo dedicado a la totalidad de *La voz a ti debida.* Spitzer destaca que el discurso poético de *La voz a ti debida* hace retroceder cada vez más los objetos para llevar el Tú a una dimensión metafísica. La conclusión de Spitzer, y de la crítica que lo sigue, es verdadera, y responde a su perspectiva teórica. Rechazo y afirmación aparecen reiterados a lo largo de la totalidad del texto.

No obstante creemos que Leo Spitzer y la crítica que lo sigue ha realizado un deslizamiento epistemológico que oscurece la significación concreta del discurso.

Lo primero que debemos señalar en que «Para vivir no quiero» trata de una operación ontológica: rechaza una realidad y propone otra realidad.

En segundo lugar es necesario destacar la consistencia opuesta de cada una de las realidades. Para eso debemos detenernos un momento en la negación a fin de advertir su complejidad. Lo decisivo es que la negación consiste en una proposición bisémica. Por un lado viene a decir, con una dimensión histórica: no quiero vivir en la realidad modernista, en la realidad idealizada, exquisita, de las islas, los palacios, las torres. Si leo los versos aislados no quieren decir más que eso: «Para vivir no quiero islas palacios, torres». Pero el contexto les concede otra significación.

Para que se tratara meramente de la negación de un tipo de solución histórica, el discurso debería haber propuesto en contraste una realidad del mismo valor ontológico. Una realidad que se diferenciara por el contenido, por la valoración, no por su forma, por su estructura.

El contexto opone, sin embargo, dos realidades de consistencia diferente. El contexto opone la realidad mentada por los nombres a la realidad mentada por los pronombres. La afirmación de la realidad mentada por los pronombres supone la negación de la realidad no mentada por los pronombres. Sobre todo porque esta nueva realidad aparece afirmada en una dimensión absoluta, excluyente. Aparece entre exclamaciones y produce alegría, uno de las categorías destinadas por Heidegger para marcar la presencia del ser: «¡Qué alegría más alta: / vivir en los pronombres!» Se trata, pues, de los entes que nombra otra lengua. Otros entes e, implícitamente, otro espacio y otro tiempo. La lengua común propone un significado. La lengua poética, contextualmente, lo corrige y propone otro. La forma poética confirma la significación profunda. El significado no es una presencia, sino una relación.

8. L. SPITZER, «El conceptismo interior de Pedro Salinas», *Lingüística e historia literaria*, Madrid, Gredos, 1955.

La dimensión espacial aparece determinada por el entrecruzamiento de las isotopías: vivir en las islas, palacios, torres. Vivir en los pronombres. Se quiebra la isotopía primera, la asignación al espacio heredado, y por la quiebra originada se introduce otro espacio, que es un tipo de espacio porque se introduce en esa isotopía.

La dimensión temporal aparece explicitada en dos versos de este mismo poema: «enterraré los nombres, / los rótulos, la historia».

Para distinguir la consistencia de los entes referidos por los nombres, de la consistencia de los entes referidos por los pronombres, conviene recordar brevemente la diferente manera de referir los nombres y los pronombres.

Para establecer esta distinción nos apoyaremos en un ensayo de Roman Jakobson [9] y en otro de Ana María Barrenechea.[10]

Barrenechea opone los nombres de significación descriptiva a los pronombres de significación no descriptiva y, siguiendo a Husserl, los nombres atributivos a los pronombres no atributivos.

Jakobson muestra que el significado de los pronombres dependen del mensaje de que formen parte. «Yo» significa el destinador y «tú» el destinatario.

Los nombres construyen su referente con notas de la realidad extralingüística mientras los pronombres lo construyen con notas del acto de enunciación.

Esta ruptura de la realidad entre los referentes nombrados por los nombres y los referentes nombrados por los pronombres, aparece configurada formalmente en la quiebra de las isotopías, pero también potenciada por otros pares oposicionales.

En primer lugar por la relación entre «torres», el último término que agota la enumeración de la realidad habitual, el cual rima con «pronombres», el significante que propone la nueva realidad. Se establece así una oposición entre la igualdad del significado rímico y la disparidad del nivel semántico.

En segundo lugar, se reitera la misma ruptura al repetirse el verbo vivir («Para vivir no quiero», «vivir en los pronombres»), pues a la igualdad que la repetición supone se le enfrentan los dos significados propuestos por los complementos. Vivir significa vivir y vivir no significa vivir. La equivalencia de igualdad se convierte en una equivalencia de oposición.

La operación poética dibuja una estructura homóloga de la quiebra indicada, pues las palabras no tienen en la lengua habitual el mismo significado que tienen en la lengua poética.

El referente —lo mismo que el espacio y el tiempo— propuesto como posi-

9. R. JAKOBSON, «Los conmutadores, las categorías verbales y el verbo ruso», *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975, pp. 327-332.

10. A. M. BARRENECHEA, «El pronombre y su inclusión en un sistema de categorías semánticas», *Filología*, VIII, 1-2 (1962), pp. 241-272.

tivos en «Para vivir no quiero» tiene pues un ser de consistencia lingüística. Esta sería la primera condición del mundo propuesto.

La segunda condición, que proviene de la primera, pero que conviene destacar por su significación histórica, sería la ambigüedad, la indeterminación. Cuando digo «yo» no digo quien habla. Cuando digo «tú», no digo a quién hablo. El contexto extralingüístico en la lengua oral, y el contexto lingüístico en la lengua escrita —como dice Jakobson— determinan con precisión a los deícticos. Pero la poesía no cumple esa función, como señala Cohen en *Estructura del lenguaje poético*.[11] La poesía profundiza la indeterminación. Y la indeterminación, la ambigüedad y el azar caracterizan el mundo poético del siglo XX.

Benveniste insiste enérgicamente en esa condición. «¿Cómo el mismo término podría referirse indiferentemente a cualquier individuo y al mismo tiempo identificarlo en su particularidad?»

Sin embargo, el texto propone una situación paradójica, pues a esa indeterminación absoluta le opone la más absoluta determinación.

Entre todas las gentes
del mundo,
sólo tú serás tú.
.....
te diré:
«Yo te quiero, soy yo.»

La teoría ha registrado este aspecto del problema. «Para Bertrand Russel —informa Jakobson—, los conmutadores, "particulares egocéntricos", como él los llama, se definen por el hecho de que nunca se aplican a más de un objeto a la vez.»

El referente propuesto es, pues, un referente de consistencia lingüística que goza de la más absoluta indeterminación y de la más absoluta determinación, de la más absoluta universalidad y de la más absoluta individualidad.

La consistencia lingüística aparece propuesta, entonces, ahora, desde dos perspectivas, pues los pronombres son primeramente mencionados y luego usados. Cuando son mencionados, en función metalingüística, el signo pronombre se constituye en el referente del discurso. Cuando son usados, se constituyen en los modelizadores del referente. Los deíticos dominan todo el espacio poético, eliminando la posibilidad de intervenir, con su significación plena, a otros objetos.

Lo que era una poética o una ontología insiniada, en potencia, aparece en acto, realizada. Lo que es, es la poesía. La organización estrófica se corresponde con esta estructura profunda. La estrofa primera consiste en un decir, la se-

11. J. COHEN, *Structure du langage poétique*, París, Flammarion, 1986.

gunda en un hacer. Dividida en dos partes. Primero un hacer del tú. Luego un hacer del yo.

Si, como dice Lotman, la obra de arte sin su contexto cultural «es semejante a un epitafio en una lengua incomprensible» y, como supone Mukarovski,[12] el trabajo crítico debe culminar enfrentándose con una concepción del mundo (que Mukarovski identifica muchas veces con la filosofía sistemática), podemos recurrir, para abreviar, a una indicación de Gianni Vattimo,[13] que propone una lingüística del ser, el ser como lenguaje, que se correspondería con el pensamiento de Heidegger, Gadamer, Dilthey, Husserl, Wittgenstein, Derrida, Foucault, Deleuze y Lacan. Si esto fuera cierto, el discurso de Salinas habría llegado a la cima del pensamiento occidental del siglo XX.

No podemos, por supuesto, desarrollar este capítulo de la historia de las ideas. Pero, para huir de la abstracción, recurriremos a dos referencias.

Alfredo de Waeblens expone la posición de Heidegger de esta manera: «Nuestro lenguaje da testimonio de lo que somos, no accesoriamente, sino constitutivamente. Soy lo que digo. Somos uno por el diálogo... el diálogo es la palabra auténtica, es decir, la poesía».[14]

La segunda referencia pertenece a Heidegger mismo en *¿Qué es la metafísica?*: «Repitamos la tesis de Kant: "Ser no es evidentemente un predicado real, es decir un concepto de algo que pueda referirse a una cosa. Es sencillamente la posición de una cosa o de ciertas determinaciones en si"...»[15]

La importancia de la operación poética, y ontológica, realizada por «Para vivir no quiero»[16] aparece confirmada históricamente si la relacionamos, también, con el tratamiento del referente en la primera vanguardia plástica, fundamentalmente en el arte abstracto, o en el concreto, donde el objeto aparece reducido a un mero signo no figurativo.

La exaltación de la realidad metafísica, de orden lingüístico, y la negación de la realidad habitual, creada por la lengua cotidiana, es constante en el discurso lírico de Pedro Salinas.

Aludiremos sólo a algunos ejemplos claves.

En primer lugar a uno que se refiere a la exaltación de la realidad lingüística.

En «Todo dice que sí»[17], a través del despliegue total de la realidad, el texto

12. J. MUKAROVSKI, «El arte y la concepción del mundo», *Escritos de estética y semiótica*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977, pp. 302-313.

13. G. VATTIMO, *Las aventuras de la diferencia*, Barcelona, Gedisa, 1986.

14. A. de WAELHENS, *La filosofía de Martín Heidegger*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1986.

15. M. HEIDEGGER, *¿Qué es metafísica?*, Buenos Aires, Siglo XX, 1988, p. 136.

16. J. DUBOIS y otros, *Rhétorique générale*, París, Larousse, 1970, p. 26.

17. S. R. LEVIN, «Consideraciones sobre qué tipo de acto de habla es un poema», *Pragmática de la comunicación literal* (ed. J. A. Mayoral), Madrid, Arco/Libros, 1987, pp. 59-82.

impone la vigencia de los sincategoremáticos, y los sincategoremáticos, como es sabido, tienen *significatum* pero no *significata.* Los sincategoremáticos ejercen en «Todo dice que sí», la función poética que los deícticos ejercen en «Para vivir no quiero».

Todo dice que sí.
.....
Un sí contesta sí
a otro sí.....
.....
Se leen por el aire
largos síes.....

En segundo lugar aludiremos a dos casos de negación de la lengua cotidiana y los objetos por ella creados.

«¿Por qué tienes nombres tú...?» propone la eliminación de los nombres para poder acceder a una realidad esencial:

Nombre, ¡qué puñal clavado
en medio del pecho cándido
que sería nuestro siempre
si no fuera por el nombre!

Como dice Robbe-Grillet: «los gestos y los objetos estarían ahí —con clara reminiscencia heideggeriana— antes de ser algo». O Claude Mauriac de Kafka: cambia a Praga «en una especie de anónima ciudad kafkiana».

El poema que estamos analizando dedica unos versos a configurar la dimensión histórica de esa negación:

enterraré los nombres,
los rótulos, la historia;
Iré rompiendo todo
lo que encima me echaron
desde antes de nacer.

Se trata de la negación de la realidad histórica heredada, negación que inicia Baudelaire y culmina en los surrealistas. Negación del mundo alienado en que los entes no aparecen con su ser, sino con su valor de cambio.

El texto de Salinas impone, pues, una ética.

Pero también una poética. La operación que estos textos sugieren supone una poesía de la poesía. Se trata del referente de segundo grado construido a expensas del referente de primer grado, como quiere Ricoeur. O se trata del mode-

lizador segundo que se enfrenta con el modelizador primero, como quiere Yuri Lotman.

Creemos que para entender en su plena significación estos discursos líricos de Pedro Salinas conviene desprenderse de todo prejuicio mimético. La significación profunda aparece configurada por los signos, no por los objetos significados. Por la *poiesis*, no por la *mimesis*.

Esta posición del discurso de Salinas se mantiene por lo menos hasta el *Prefacio de Todo más claro*, donde, para que no queden dudas de que se trata de una lengua no denotativa, se propone como paradigma la oscuridad de la lengua de Mallarmé.

La interpretación que proponemos intenta superar toda interpretación romántica de estos discursos, para sostener una ontológica como la impuesta por Mallarmé.